

como oculto bajo las huellas del desprecio, y le hemos tenido en nada. *Despectum et notissimum virorum, virum dolorum et scientem infirmitatem; et quasi absconditus vultus ejus, et despectus; unde nec reputavimus eum.* (LIII. 3).

El Rey profeta le vió tambien, y declaró que los verdugos contaron todos sus huesos: *Dinumeraverunt omnia ossa mea.* (XXI. 18). Sin embargo, el cordero sin mancha no pronunció ninguna queja...

Ecce Homo.

En el horrible estado que acabamos de pintar, Jesucristo fué presentado por Pilatos al pueblo, pues el gobernador romano creyó excitar su conmiseración. Aquí teneis al hombre, dijo: *Ecce Homo.* (Joann. XIX. 5). Judios bárbaros, tal es el estado á que habeis reducido al Verbo encarnado; tal es vuestra obra: *Ecce Homo.* Blasfemos, impúdicos, pecadores todos, mirad el resultado de vuestra conducta: *Ecce Homo...*

Condenando á muerte al Salvador, Pilatos cometia tres injusticias: 1.º usurpaba un poder y una jurisdiccion que no tenia...; 2.º destruía las reglas de justicia, porque cedia ante el alboroto de los judios y condenaba á Jesucristo, no como culpable, sino para acallar los gritos de sus enemigos...; y 3.º violaba el derecho y la ley, pues condenaba á un inocente, á fin de que no le tuviesen por enemigo del César.

Jesucristo entre las manos de los soldados.

Faltaban nuevos ultrajes y otros sufrimientos. Despues de haber sido Jesucristo condenado, los soldados del gobernador lo llevaron al Pretorio, reunieron al rededor suyo toda la cohorte, le despojaron de sus vestidos, le cubrieron con una clámide ó capa militar de color de escarlata, y con ramas espinosas formaron una corona, la colocaron en su cabeza, y pusieron una caña en su mano derecha. Luego, doblando la rodilla delante de él, se burlaban, diciendo: Salve, Rey de los judios. Y le escupian en el rostro, le cogian la caña, y le pegaban en la cabeza. (*Math. XXVII. 29-30*).

Toda la cohorte se reunió para hacer del Salvador una especie de rey de teatro y burlarse de él... Hablando del modo como deben los miembros de la Iglesia sufrir todas las penalidades, S. Bernardo dice: No conviene que un cuerpo cuya cabeza está coronada de espinas tenga miembros delicados. *Non decet sub capite spinis coronato membra esse delicata.* (Serm. de Passione).

San Agapito, martirizado á la edad de quince años, fué sometido por sus verdugos á diferentes tormentos, y entre otras cosas pusieron en su cabeza carbonos encendidos. Acordándose el santo niño de la corona de espinas de Jesús, exclamó: ¡Poco importa que una cabeza que debe ser coronada en el Cielo esté rodeada de fuego y quemada en la tierra! ¡Oh, qué bella y rica corona de gloria adornará la cabeza coronada de sufrimientos y herida por Jesucristo! (*Surtius, in ejus vita*).

Aunque los soldados romanos coronan á Jesucristo por burla, dice san Bernardo, confesaron su dignidad real: le declararon Rey sin pensar que lo era efectivamente. (*In Passione*).

Elegido Godofredo de Bouillon por rey de Jerusalem, se negó á poner en su cabeza la corona real, diciendo que no convenia que un rey cristiano llevase una corona de oro en la ciudad en que Jesucristo habia sido coronado de espinas. (*Hist. de las Cruzadas*).

Jesucristo fué coronado de espinas para alcanzarnos la diadema del Cielo. La corona de espinas que llevó el Salvador era la figura de nuestros pecados...

Doblando los soldados la rodilla delante de él, se burlaban y le decian: Salve, rey de los judios: *Ave, rex Judeorum.* (Math. XXVII. 29). Toda lengua, dice S. Pablo, confesará que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre. (*Philipp. II. 11*). Doblaban delante de él la rodilla. Al nombre de Jesús, añade el Apóstol de las gentes, debe doblarse toda rodilla en el Cielo, en la tierra y en los infiernos. (*Philipp. II. 10*). *Salve, rey de los judios:* Jesucristo es, electivamente, Rey; reina en el Cielo con su gloria, en la tierra con su cruz y su gracia, y en el infierno con su justicia. Es Rey de los reyes y Señor de los señores: *Rex regum, Dominus dominantium.* (Apoc. XIX. 16).

Jesucristo sufrió las burlas de que fué objeto en el Pretorio: 1.º para darnos á conocer la vanidad del mundo y de los hombres...; 2.º para enseñarnos que para reinar con él es preciso pisotear los honores y deleites y despreciarnos á nosotros mismos...; y 3.º porque las humillaciones debian ser las armas de su victoria contra Lucifer...

Es imposible saber ni describir todas las atrocidades que los soldados romanos, animados por los demonios, hicieron sufrir á Jesucristo desde el momento en que Pilatos se lo entregó hasta que le cargaron con su cruz. En aquel intervalo, el infierno entero se desencadenó, y los hombres que fueron sus instrumentos cumplieron á la letra aquellas profecias de la Sabiduría: Pisoteemos al justo... rodeémosle de lazos, porque nos es inútil y es enemigo de nuestras obras, porque reprende nuestras faltas contra la ley, y vuelve contra nosotros los malos resultados de nuestras doctrinas. Se alaba de tener la ciencia de Dios, y se llama Hijo de Dios. Ha manifestado nuestros pensamientos. Odiamos hasta su vista, porque su vida es diferente de la de los demás, y sus sendas no son las nuestras. Nos mira como entregados á la frivolidad; se abstiene de seguir nuestras huellas como nos preservamos de una mancha; prefiere la muerte de los justos, y se vanagloria de tener á Dios por Padre. Veamos si son verdaderas sus palabras: experimentemos lo que le sucede, y sabremos cuál será su fin porque, si es verdaderamente Hijo de Dios, Dios le sostendrá y le librará de las manos de sus enemigos. Interroguémosle por medio del ultraje y del suplicio, para que conozcamos su dulzura, y pongamos á prueba su paciencia. Condenémosle á la muerte más infame. (II. 10-20). Meditemos las razones en que fundan los impíos su odio á Jesucristo.

Despues de haber hecho á Jesús toda clase de ultrajes, cargaron sobre sus ensangrentadas espaldas una pesada cruz.

Jesucristo iba agobiado por un cansancio mortal y enteramente destallado. Había pasado parte de la noche en el luerto de los dolores, donde habia sido vendido y mantado. De allí le habian arrastrado á casa de Anás y Caifás, y luego á casa de Pilatos, que le habia enviado á Herodes; éste le habia mandado de nuevo á Pilatos. En todos aquellos lugares, para él comparables al infierno lleno de demonios, habia sido victima del odio, del furor, de alumnias, de insultos, de inauditos ultrajes. Pilatos le habia hecho atar á una columna y azotar. Luego los soldados le habian puesto una corona de espinas en la cabeza, un manto de púrpura en los hombros, un cetro de caña en la mano, y el go-

Jesucristo cargado con su cruz.

bernador de la Judea lo había presentado en aquel estado al pueblo como un juguete. Después del *Ecce homo*, el Salvador había vuelto á caer en poder de los soldados que lo habían maltratado de nuevo. Y sin darle un instante de reposo le habían cargado con la cruz para que la llevase hasta el momento de ser clavado en ella.

Segun la tradicion, la cruz tenia cinco metros de largo, y tres sus brazos, siendo de un grueso proporcionado. Era costumbre que el condenado llevase el instrumento de su suplicio. Con las espaldas ensangrentadas, rendido y medio muerto, el Divino Redentor cayó tres veces en el largo trayecto que tenia que recorrer; y tres veces le hicieron levantar á latigazos y á palos. Iba con los piés descalzos, señalando su paso con una huella de sangre...

Viendo, sin embargo, que Jesucristo no podia llevar solo su cruz, los verdugos obligaron á un habitante de Cirenea, llamado Simon, á que le ayudase. No obraban así por lástima, ni por caridad: era por temor de que Jesucristo muriese en el camino; y ellos querian arrastrarlo al Calvario para hacerle sufrir dolores más crueles todavía y para saborear el placer de llenarle de nuevos oprobios y humillaciones: Deseaban tambien que anduviese más á prisa para poder crucificarle más temprano y volverse tranquilamente á descansar con sus familias en sus hogares.

Simon fué llamado á llevar la cruz, para que sepamos bien que Jesucristo no la había merecido, sino el hombre culpable, y para que aprendamos á llevarla detrás del Salvador obedeciendo las palabras del mismo Jesucristo: El que no toma su cruz y no me sigue, no es digno de mí: *Qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus.* (Matth. X. 38).

Jesucristo encontró en el camino del Calvario algunas piadosas mujeres que se deshacían en lágrimas. Les dirigió una mirada de tierna caridad, y les dijo: Hijas de Jerusalem, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y vuestros hijos. (*Luc. XXIII. 28*). Miserables pecadores que somos, floremos por nuestros pecados, que son la causa de los sufrimientos y de la muerte del Hijo de Dios.

Calvario. Jesucristo llegó al fin al Calvario...

Tertuliano, Orígenes, S. Cipriano, S. Atanasio, S. Cirilo, S. Ambrosio, S. Agustin y muchos otros Padres dicen que Adán fué sepultado en el Calvario. Se atribuye el nombre que lleva aquella montaña á la presencia de la cabeza del primer hombre; y de conformidad con aquella tradicion, ponen los pintores una calavera al pié de la cruz. Así, la sangre de Jesucristo hubiera corrido sobre los restos del padre de la raza humana. ¡O Adán, tú que duermes en tu arrepentimiento desde tantos siglos, levántate, sal de entre los muertos; tu Dios quiere para resucitarte!

El Calvario era el lugar del suplicio de los más grandes malhechores; y Jesucristo, al expirar allí, expiaba con la humillacion más profunda las abominables iniquidades del mundo. Allí hizo el Salvador honorosos y meritorios los sufrimientos; allí los santificó.

San Jerónimo, S. Agustin, el venerable Beda y otros enseñan que el Calvario es la montaña en que Dios había mandado que Abraham le sacrificase á Isaac. De aquí se deduce que Jesucristo, el Cordero sin mancha, hubiera sido

inmolado en el mismo lugar en que Abraham vió enredado por los cuernos en las malezas un cordero que ofreció en lugar de su Hijo. ¡Sorprendente figura de Jesucristo coronado de espinas y sacrificado en el Calvario!...

Hablando del Salvador cargado con la cruz en el camino del Calvario, san Agustin exclama: ¡Grande espectáculo! Si la impiedad lo mira, ve en él una inmensa y cruel burla; pero si la impiedad lo contempla, descubre en él un profundo y sublime misterio. Si la impiedad lo mira, halla una gran leccion de ignominia; si la piedad lo contempla, ve allí un gran monumento de la fe. Si la impiedad lo mira, se rie del Rey que por único cetro de mando lleva el leño de su suplicio; si la piedad lo contempla, reconoce á su Rey que lleva la cruz en la que ha de ser clavado, cruz que será más tarde el adorno de la diadema de los soberanos, cruz que los impíos desprecian y los Santos encuentran gloriosa. (*Trac. CXVII. in Joann*).

David, subiendo al Calvario con los piés descalzos, llorando y huyendo de sus enemigos, es tambien la figura de Jesucristo (*II. Reg. XV. 30*).

Llegados á la cumbre del Calvario, los verdugos se apresuraron á despojar á Jesucristo de su túnica y á sortearla. Quitándole sin compasion un vestido que estaba pegado á su carne, volvieron á abrir todas sus llagas, y la sangre corrió en abundancia de cada parte de su cuerpo. Luego extendieron sobre la cruz á la inocente víctima, y se prepararon á sacrificarla. Dios omnipotente, vos que detuvisteis la mano de Abraham cuando iba á herir á Isaac, ¡dejaréis matar á vuestro único Hijo, que es Dios con vos y como vos? ¡Detened, Padre celestial, detened el brazo de los verdugos! Pero no; infinitamente ultrajado por los hombres, que no pueden expiar sus ofensas, Dios quiere por víctima á un Dios que horre las maldades de los hombres... La sangre de Isaac no hubiera lavado la tierra que ni el mismo diluvio pudo lavar; sólo la sangre de Jesucristo puede limpiarla y purificarla...

Jesucristo sufrió en la cruz diez tormentos principales. 1.^{er} tormento: los clavos desgarraban sus manos y sus piés... 2.^o tormento: todo el peso de su cuerpo estaba sostenido por sus manos y sus piés clavados... 3.^{er} tormento: permaneció suspendido en la cruz durante tres horas... 4.^o tormento: sus miembros estaban de tal manera dislocados, que podian contarse todos sus huesos; 5.^o tormento: fué colocado entre dos ladrones, como si hubiese sido su jefe... 6.^o tormento: le despojaron de todos sus vestidos... 7.^o tormento: experimentó una sed devoradora... 8.^o tormento; no tuvo más que hiel para aplacarla... 9.^o tormento; oyó pronunciar blasfemias contra él por todas partes... 10.^o tormento: sus miradas caian sobre su santa madre que sufría á sus piés...

O vosotros todos que pasais por el camino, mirad, y ved si hay dolor comparable al mio, exclama el Hombre-Dios por boca de Jeremias: *O vos omnes, qui transitis per viam, attendite, et videte si est dolor sicut dolor meus* (Lament. I. 12).

Ha sido sacrificado porque ha querido, dice Isaías, y no ha desplegado los brazos; será conducido á la muerte como una oveja, y estará callado como un cordero delante del que le trasquila: *Oblatus est quia ipse voluit, et non aperuit os suum; sicut ovis ad occisionem ductur, et quasi agnus coram tondente se optulisset, et non aperit os suum.* (LIII. 7).

Dulzura y piedad de Jesucristo.

San Juan Bautista hacia alusion á las palabras de Isaias que acabamos de citar cuando decia á Jesucristo señalándole: Hé aqui el cordero de Dios: *Ecce agnus Dei*. (Joann. I. 36.); es decir, hé aqui el cordero pronosticado por Isaias, y figurado por el cordero pasual y por el cordero enredado de las astas entre espinos, y sacrificado por Abraham.

En tiempo de Noé, Dios se manifestó como un leon y se vengó de los pecadores que cubrian la tierra, sepultando á los hombres bajo las olas del diluvio; pero Jesucristo vino á expiarlos con la dulzura de un cordero. Las aguas del diluvio mataron á los hombres, y no los pecados; la sangre del Cordero mata los pecados y resuscita á los hombres.

Soy, dice el Divino Salvador por boca de Jeremias, soy como un cordero pacífico llevado al altar: *Ego quasi agnus mansuetus qui portatur ad victimam*. (XI. 19).

Así como el cordero que se trasquila pierde su vellón, dice S. Jerónimo, Jesucristo ha dado su cuerpo y conservado su Divinidad. (*De Isaias*).

Jesucristo es declarado rey en la cruz.

Pilatos escribió una inscripcion en hebreo, griego y latin, que mandó colocar en la parte superior de la cruz, concebida en los siguientes términos: Este es Jesús, rey de los judíos: *Hic est Jesus, rex judaorum*. (Math. XXVII. 37). Muchos judíos leyeron aquella inscripcion, y los príncipes de los sacerdotes dijeron á Pilatos que no pusiese rey de los judíos, sino lo que dijo: Soy rey de los judíos. Pilatos respondió: Lo escrito, escrito está: *Respondit Pilatus: Quid scripsi, scripsi*. (Joann. XIX. 20-22). Judíos decididas, no le quereis por rey, y será rey de las naciones.

Jesucristo es rey y príncipe de los dolores; triunfa realmente de todos con su paciencia y su caridad divinas. Reinad, pues, ó Jesús, en el palacio del Calvario, en el trono de la cruz, bajo la púrpura de vuestra sangre, con el cetro de vuestros clavos y vuestra corona de espinas. Llevais el título de rey de los judíos, es decir, de los hombres más injustos y de los más crueles enemigos. Por corteses teneis á acusadores, por guardias de honor á unos ladrones; y en vez de un ejército pronto á defenderos, verdugos encarnizados en haceros sufrir. En el Calvario estais en vuestro imperio, con toda la pompa y aparato de la dignidad real; triunfais. O rey de dolores, vuestra mesa está servida de hiel y vinagre; teneis por perfumes el olor de los crímenes, por fuegos de alegría densas tinieblas, por sifonia blasfemias y terremoto, por tapices huesos de condenados, por collar de oro y brazaletes la brillante llaga de vuestro corazón. ¡Háganos comprender el Cielo lo que debemos ser con tal rey y en semejante reino!

Pero, si Jesucristo queda declarado Rey en la cruz, no es sin motivo; con la dignidad de su cruz, llega á ser Rey de todos los corazones, y triunfa del pecado, de la muerte, de los demonios y del infierno.

Blasfemias contra Jesucristo.

Los que pasaban, blasfemaban meneando la cabeza, y le decían: Tú que destruyes el templo de Dios y lo vuelves á construir en tres días, ¿por qué no te salvas á tí mismo? Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.—Los príncipes de los sacerdotes también, y los escribas y los ancianos, decían molándose: Ha salvado á los demás, y no puede salvarse á sí mismo; si es rey de Israel, que haje

ahora de la cruz, y la creeremos. Confía en Dios; sálvelo Dios, si le ama, ya que ha dicho: Soy Hijo de Dios. Los ladrones que con él habian sido crucificados, le dirigian iguales insultos. (*Math. XXVII. 39-44*).

¡O blasfemos! Bajaría, si quisiera; pero el mundo no se salvaría. No bajaría del trono en que le habeis colocado sino cuando haya cumplido su obra...

Jesús dijo: Tengo sed, y le presentaron hiel y vinagre. (*Joann. XIX. 29*).

Uno de los ladrones crucificados blasfemaba de Jesucristo diciendo: Si eres Buen ladrón. Cristo, sálvate, y sálvanos. Pero el otro le reprendía con estas palabras: ¿No temes á Dios tú tampoco que sufres la misma condenacion? En cuanto á nosotros es justo, porque recibimos lo que nuestras acciones merecen; pero éste no ha hecho ningún mal. (*Luc. XXIII. 39-41*). En medio de la multitud de ignorantes, ciegos y blasfemos que cubrian la cumbre del Calvario, aquel ladrón se sintió de repente lleno de arrepentimiento por sus crímenes; confesó la inocencia y la Divinidad de Jesucristo, volvió hacia él sus ojos llenos de lágrimas, y le dirigió la siguiente súplica: Acordaos, Señor, de mí cuando lleguéis á vuestro reino; y Jesús le respondió: En verdad te lo digo; hoy estarás conmigo en el Paraíso. (*Luc. XXIII. 42-43*).

Reflexionad, dice S. Ambrosio, y vereis que la cruz es un tribunal. Suspendido de sus brazos está el juez; el ladrón que cree, se salva; y el que insulta, se condena. Ya manifestaba Jesucristo lo que habia de hacer el día de los vivos y de los muertos, cuando colocaría los unos á su derecha, y los otros á su izquierda. (*Comment. in Luc. XXIII*).

¿Qué decís, ó Jesús? exclama S. Crisóstomo. ¡Estais clavado en cruz, y prometéis el Paraíso! Si, lo prometo, para que aprendáis la virtud de mi cruz. (*Homil. de Cruce et Lazaro*).

Mientras que Jesucristo derramaba su sangre para la salvacion del mundo, María al pié de la cruz.

María estaba al pié de la cruz: *Stabat autem juxta crucem Jesu mater ejus*. (Joann. XIX. 25). Allí principalmente se cumplió la terrible profecía que habia pronunciado el santo anciano Simeon cuando el niño Jesús fué presentado al templo por su divina Madre: Una espada de dolor, le dijo, atravesará vuestra alma: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius*. (*Luc. II. 35*).

La Santísima Virgen sufrió: 1.º por los horribles sufrimientos de su querido y adorado Hijo; tomó parte en ellos: el amor de María es la medida de su dolor; y como jamás hubo Madre que amara tanto á su Hijo: no ha existido tampoco otra que experimentase un dolor comparable al de María. En los mártires y demás Santos, el amor dulcificaba sus sufrimientos, y era un bálsamo divino; cuanto más amaban, ménos sentían los tormentos que les hacían sufrir. En María sucede lo contrario; cuanto más ama, más sufre; y como su amor es infinito, infinito es también su sufrimiento... Añádase que los padecimientos de María aumentan los de su adorable Hijo...

¡Qué espectáculo para la más tierna de las madres ver á su único Hijo, á su Dios cubierto de sangre, desoyuntados los miembros, atravesados los pies y las manos, colgado en una cruz, insultado con horribles blasfemias, abandonado de Dios y de los hombres, y pronto á expirar! ¡Qué espectáculo para Jesús ver á sus piés, regada con su sangre, á su Santísima Madre, amada con

un amor divino, mil veces más amada que todos los ángeles y hombres reunidos!...

2.º María sufrió por compasión; todos los dolores de su Hijo eran suyos...

3.º Sufrió en razón de la dignidad de su Hijo y de la dignidad suya...

4.º Sufrió en razón de la intensidad de los tormentos...

5.º Sufrió por solitudin; veía á Jesucristo sufrir solo, abandonado de sus apóstoles, de los que él había aliviado y curado, de los hombres, de los ángeles, y de su mismo Padre...

6.º Sufrió por las horribles calumnias, las blasfemias, las imprecaciones y maldiciones que dirigían á su Hijo...

7.º Sufrió por tenerlo continuamente á la vista y ser testigo de cada uno de sus dolores...

No debe sorprendernos que los santos Padres y todos los Doctores enseñen que la bienaventurada Virgen María, madre de Dios, fué mártir y más que mártir, pues la espada de dolor desgarró tan sólo el cuerpo de los mártires, al paso que desgarró el alma de Jesús y la de María: *Et tuam ipsius animam pertransiit gladius*. (Luc. II. 35). Así como Jesucristo sufrió más que todos los mártires juntos, María sufrió también más que todos los mártires; María conoció todos los dolores del Crucificado.

San Bernardino de Sena dice: Tan grande fué el dolor de María, que si se repartiese entre todos los hombres, morirían de repente: *Tantus fuit dolor Virginis, quod, si in omnes creaturas divideretur, omnes subito interirent*. (T. II. serm. LXI).

La lengua, dice S. Bernardo, jamás podrá expresar, ni la inteligencia comprender, qué dolor desgarraba el piadoso corazón de María: *Nec lingua poterit loqui, nec mens cogitare valebit, quanto dolore afficiebantur pia viscera Mariæ*. (Serm. XXIX. in Cant.). Ahora, continúa S. Bernardo, ahora pagais con usura, ó tierna Madre, los padecimientos de que os libró la naturaleza en vuestro parto. No sentisteis dolor alguno al dar á luz á vuestro Hijo, pero mil espadas os traspasaron en su muerte. (*Ut supra*).

María estaba sumergida en los más crueles dolores, dice S. Crisóstomo: *Stabat doloribus immersa*. (De Cruce).

En medio de una prueba tan cruel, la Virgen no se quejaba; participó de la dulzura, paciencia y resignación de su divino Hijo..., resignación completa á la voluntad de Dios...

¿Cuánto aumentó el dolor de María cuando Jesús le dejó en lugar suyo á S. Juan por hijo! *Dixit matri suæ: Mulier, ecce filius tuus*. (Joann. XIX. 26). ¡O hijo mio, qué cambio! hubiera podido decir: ¿Puede un hijo de los hombres indemnizarme de la pérdida que sufro?...

Sitio.

Desde lo alto de la cruz Jesucristo exclamó: Tengo sed. *Sitio*. (Joann. XIX. 28). Los crueles y largos dolores que el Salvador había sufrido, le habían dado una sed abrasadora. Mi lengua se ha pegado á mi paladar, dijo por boca de su profeta: *Et lingua mea adhesit faucibus meis*. (Psal. XXI. 16).

Pero con la palabra sitio quería expresar una sed mucho más penetrante que la que agobia el cuerpo, la sed de la salvación de las almas, la sed de ser amado de los hombres... Su amor por nosotros le devoraba...

Dios, dice S. Pablo, ha manifestado el amor que nos profesa en que, al mismo tiempo que éramos pecadores, Cristo murió por nosotros: *Commendat caritatem suam Deus in nobis, quantum cum adhuc peccatores essemus, Christus pro nobis mortuus est*. (Rom. V. 8-9). Así es que, para manifestarte mi amor y mi reconocimiento, dice aquel apóstol, me he clavado en la cruz de Cristo. Y vivo, no yo, sino Cristo es el que vive en mí. Vivo para el que me ha amado y se ha entregado á sí mismo por mí: *Christo confixus sum cruci. Vivo autem, jam non ego; vivit vero in me Christus, qui dilexit me, et tradidit seipsum pro me*. (Gal. II. 19-20). Caminad, escribe á los Efesios, caminad en el amor, como Cristo nos ha amado y se ha entregado á sí mismo á nosotros en obediencia á Dios y en hostia de grato olor: *Ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis, oblationem et hostiam in odorem suavitatis*. (v. 2).

Sitio: Tengo sed. Jesucristo nos amó tierna y eficazmente, no con palabras, sino con acciones. Por nosotros pecadores y enemigos suyos y en expiación de nuestras faltas, se sacrificó no en obediencia verbal y poco costosa, sino en obediencia sangrienta y vivificante...

El mismo llevó verdaderamente nuestras enfermedades, dice Isaías, y cargó con nuestros dolores: *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit*. (LIII. 4).

En la sed ardiente de su amor por nosotros, Jesucristo cargó con todas nuestras deudas.

Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el leño, dice el apóstol san Pedro, á fin de que, muertos para el pecado, vivamos en la justicia. El con sus llagas nos ha curado: *Pecata nostra ipse pertulit in corpore suo super lignum; ut peccatis mortui, iustitiam vivamus; cuius livore sanati estis*. (I. II. 24). Borrando la obligación que habíamos suscitado y que era contra nosotros, la tomó y la clavó en la cruz, dice S. Pablo á los colosenses: *Delens quod adversus nos erat, chirographum decreti, quod erat contrarium nobis, et ipsum tulit de medio, effigens illud cruci*. (II. 14).

Jesucristo crucificado pronunció las siguientes palabras, llenas de sabiduría, de bondad, de amor, de misericordia y de poder:

1.º Padre mio, perdónales, porque no saben lo que hacen: *Pater, dimitte illis; non enim sciunt quid faciunt*. (Luc. XXIII. 34). Oigamos á S. Bernardo: Jesucristo ha sido azotado, coronado de espinas, clavado en un patíbulo, y llenado de oprobios; y olvidando tantos ultrajes y dolores: Perdónales, dice, porque no saben lo que hacen. ¡O Señor, cuán rico sois en misericordia! ¡cuánto abunda vuestra dulzura! ¡cuán superiores son á los nuestros los pensamientos vuestros! cuán lejos va vuestra clemencia en lo tocante á los más grandes pecadores é impíos! Cosa admirable: aquel Dios de amor grita: Padre mio, perdónales; y los judíos: Crucifícale; *Mira res! ille clamat: Ignosce Judæi: Crucifige*. ¡Con qué torrente de delicias no inundaréis, Señor, á los que os desean, Vos que derramáis con tanta abundancia el bálsamo de vuestra misericordia sobre los que os crucifican! *Quomodo potabis, Domine, desiderantes te, torrente voluptatis tuæ, qui sic perfundis crucifigentes te oleo misericordiæ tuæ*. (Serm. de Passione).

Las siete palabras de Jesucristo en la cruz.

La segunda palabra de Jesucristo en la cruz se dirigió al buen ladrón que imploraba su bondad: Hoy, le dijo, estarás conmigo en la gloria: *Hodie mecum eris in paradiso*. (Luc. XXIII. 43). ¿No mira efectivamente para abrir el Cielo á los pecadores?

La tercera palabra de Jesucristo fué dirigida á su madre; señalándole á S. Juan Evangelista, le dijo: Mujer, aquí tienes á tu Hijo. Y luego al discípulo; Esta es tu madre: *Dixit matri suae: Mulier, ecce filius tuus. Deinde dicit discipulo: Ecce mater tua*. (Joann. XIX. 26-27). Nueva manifestación de amor; el Salvador daba su propia madre por madre de todos los hombres en la persona de S. Juan...

La cuarta palabra de Jesucristo fué un llamamiento á su Padre. Dios mío, Dios mío! exclamó, ¿por qué me habeis abandonado? *Deus meus, Deus meus, quid quid dereliquisti me?* (Math. XXVII. 46). Tomada en el sentido de la cruz y de la muerte, esta especie de queja no significa que Jesucristo estuviese abandonado, sino que su Padre quería que muriese. De ningún modo puede significar que Jesucristo estuviese abandonado, sino que su Padre quería que muriese. De ningún modo puede significar que Jesucristo se desesperase, como pretendiendo el infame blasfemo Calvino...

La quinta palabra de Jesucristo crucificado fué: Tengo sed: *Sitio*. (Joann. XIX. 28).

La sexta declaró que todo estaba consumado: *Consummatum est*. (Joann. XIX. 30).

La séptima fué la suprema palabra del moribundo: Padre, entrego mi espíritu en vuestras manos: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum*. (Luc. XXIII. 46).

Y bajando la cabeza, entregó el espíritu: *Et inclinatu capite tradidit spiritum*. (Joann. XIX. 30). Todo está verdaderamente consumado; nuestro Dios ha muerto, y nuestros pecados le han sacrificado...

Por qué ha sufrido Jesucristo tal muerte.

¿Por qué murió Jesucristo, y sobre todo, por qué sufrió una muerte tan cruel, á la par que ignominiosa? Nuestros crímenes, dice S. Atanasio, nuestros crímenes eran execrables; por esto Jesucristo, para expiarlos, sufrió el más infame de los suplicios: *Scelerum nostra erant execrabilia; itaque Christus, ad ea expianda, passus est supplicium execrabilius*. (Serm. de Pass. et Cruce).

El que se halla suspendido del leño, maldito está, dice el Señor en el Deuteronomio: *Execrabilis quicumque in ligno pendet*. (XXI. 23). Convertido Jesucristo en objeto de maldición para nosotros, dice el gran apóstol, nos ha rescatado de la maldición de la ley, según está escrito: Maldito el que está colgado del leño! á fin de que sobre las naciones descendiese la bendición de Abraham en Jesucristo, y recibiésemos por la fe el espíritu que había sido prometido (1).

El Salvador, dice S. Anselmo, ha elegido una muerte tan penosa para matar todas las muertes: *Tam pessimam mortem Salvator elegit, ut omnem*

(1) Christus non redemit de maledicto legis, factus pro nobis maledictum; quia scriptum est: Maledictus omnis qui pendet in ligno, ut in gentibus benedictio Abraham fieret in Christo Jesu, ut participationem Spiritus acciperemus per fidem. (Gal. III. 13-14).

mortem occideret. (In Epist. ad Philipp., c. II). Jesucristo, dice S. Agustín, ha querido morir así para que sus discípulos no sólo no temiesen la muerte en sí misma, sino que dejasen de tener horror á todo género de muerte. No temáis las afrentas, las cruces, ni la muerte; pues si estas cosas dañasen al hombre, no tendría que sufrirlas el que ha sido rescatado por el Hijo de Dios (1).

Por parte de los judíos, la causa de la muerte de Jesucristo en la cruz, fué el odio que le profesaban, odio implacable y ciego que les condejo á elegir la crucifixión como el suplicio más cruel é infame. Por parte de Adán y del género humano, la causa de aquel género de muerte fué que, habiendo Adán pecado por el leño comiendo la fruta prohibida, era conveniente que Jesucristo expiase en el leño aquella desobediencia, reparando sus consecuencias. Así lo expresa la Iglesia en el preloquio de las fiestas de la Santa Cruz. Es, dice, verdaderamente justo y razonable tributaros gracias, ó Padre eterno, que habeis fijado la salvación del género humano en el árbol de la cruz, á fin de que lo cansado por la muerte del hombre llegase á ser para él el manantial de una vida nueva, y el demonio, que se había valido de un árbol para engañar al hombre y subyugarle, quedase también vencido en otro árbol contra Jesucristo (2). Por parte de Dios ofendido, la causa de la muerte de Jesucristo en una cruz fué el amor de la justicia: con semejante suplicio la gravedad de la falta de Adán y de su raza venía á ser visible para todos; la expiación era inmensa, porque la falta había sido muy grande. Por parte de Jesucristo la causa de aquella muerte ha sido la inmensidad de amor por los hombres y el deseo de enseñar á sus discípulos á sufrirlo todo...

Hallándose conforme con el Evangelio, toda la vida del hombre es una cruz y un martirio, dice S. Agustín: *Tota vita hominis, si secundum Evangelium vivatur, crux est atque martyrium*. (In Psalm. GXI).

¡Muy grave mal es el pecado, puesto que tanto costó á un Dios!...

¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? dijo Jesucristo á los dos hijos de Zebedeo: *¿Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum?* (Math. XX. 22). No se llega al cielo sino por la pasión y la cruz; sepámoslo bien...

Como un médico compasivo y digno de alabanzas, dice S. Bernardo, Jesucristo gustó el primero la bebida que preparaba á los suyos; es decir, sufrió la pasión y la muerte, y entró de este modo en posesión de la inmortalidad ó impassibilidad, enseñando á los suyos á tomar con confianza la bebida que engendra la salud y la vida (3).

Jesucristo llama á su pasión un cáliz, una copa, porque la buscó y deseó... La llama en otra parte un bautismo, porque se sumergió en ella con la muerte, y porque sus sufrimientos nos han lavado, purificado y santificado...

(1) Ut et discipuli ejus mortem non modo non timerent, sed nec genus mortis horrescerent. Nolite timere contumelias, et cruceis, et mortem; quia, si noceret homini, non ea pateretur homo, quem suscepit Filius Dei. (In Psalm. CXI).

(2) Vere dignum et justum est tibi gratias agere, o Altissime Deus qui salutem humani generis in ligno crucis constituisti, ut unde mors orbiculari, inde vita resurgeret, et qui in ligno vincebat, in ligno quoque vinceretur per Christum...

(3) Ipse, immortem pius et laudabilis medicus, prius libit potionem quam parabat suis; id est, passionem et mortem sustinuit, et sic sanitatem immortalitatis accepit et impassibilitatis docens suos, ut confidenter biberent potionem que generat sanitatem et vitam. (Serm. XI ex Parisi).

La pasión de Jesucristo es nuestra salvación.

Todos nos hemos extraviado como ovejas, dice Isaias: cada uno de nosotros ha seguido su senda, y el Señor ha hecho caer sobre sí (sobre Jesucristo) la iniquidad de todos nosotros: *Omnes nos quasi oves erravimus; unus quisque in viam suam declinavit et posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum* (LIII. 6).

Nuestros pecados han rodeado al Salvador: se precipitaron sobre él; pero al expirar, Jesucristo les dió un golpe mortal. Considerad aquí que vuestros pecados y los míos han formado parte del ejército que prendió al Hombre-Dios y le crucificó...

El Señor cargó con nuestras iniquidades, y quiso que pesando sobre él solo, le señalasen al Juez supremo como único culpable y único que debiese ser castigado y sacrificado. La cruz más pesada, que ha tenido que llevar Jesucristo ha sido el peso de nuestras faltas. Esta cruz le ha abatido mil veces más que su presentación ante Caifás, Pilatos, Herodes y el pueblo judaico; le ha causado más vivos dolores que los azotes, la coronación de espinas y la crucifixión. Pero aquellos pecados los dejó clavados en el instrumento de su suplicio...

Estais llamados, dice S. Pedro, á obrar bien y á sufrir con paciencia, porque Jesucristo sufrió por nosotros, dejándoos un ejemplo para que sigais sus huellas. *In hoc enim vocatis estis, quia et Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus.* (I. Cor. II. 24).

Jesucristo, continúa el mismo apóstol, ha llevado nuestros pecados en su cuerpo sobre el leño: á fin de que, muertos para el pecado, vivamos para la justicia: *Peccata nostra ipse pertulit in corpore suo super lignum, ut peccatis mortui, justitiam vivamus.* (I. Cor. II. 24).

La pasión es obra nuestra.

Ha sido herido por nuestras iniquidades, dice Isaias; ha sido herido por nuestros crímenes: el castigo que debe procurarnos la paz se ha desplomado sobre él, y hemos sido curados por causa de sus heridas: *Ipse autem vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra: disciplina pacis nostrae super eum, et livore ejus sanati sumus.* (LIII. 5).

Tu amor á la buena vida, ó goloso, apagó la sed de Jesucristo con hiel y vinagre: tu orgullo, ó ambicioso, le crucificó entre dos ladrones; tu vanidad, ó mundano, le coronó de espinas; tus placeres, ó impúdico, le azotaron y ensangrentaron todo su cuerpo, atravesaron sus pies y sus manos, y le clavaron en el patíbulo; tu insensibilidad, ó hombre sin entrañas, hirió su sagrado corazón; tus maldiciones y tus blasfemias, ó impío, escupieron sobre el rostro divino, y abofetearon aquellas mejillas que los ángeles sólo miran con respeto y adoran con amor; tu avaricia, ó insaciable de los bienes de la tierra, hizo que él no tuviese ningún sitio donde reclinar la cabeza. ¿Deseas, pecador, deseas tener una viva imagen de tu alma criminal? Mira á Jesucristo lleno de ultrajes, azotado, mofado, herido, coronado de espinas y crucificado. Considera á aquel cuerpo sangriento; lívido, cubierto de llagas; contempla á tu Salvador desfigurado y semejante á un leproso: tal es tu alma, cuya semejanza recibió Jesucristo en sí mismo, semejanza que expresan sus llagas y su triste estado: *Ece Homo*, hé aquí el Hombre-Dios tal como lo han puesto tus faltas. *Ece Homo*, hé aquí tu alma tal como lo han puesto esas mismas faltas.

Ruega al Señor misericordioso, herido por tí, que cure por medio de las tuyas las heridas de tu alma.

Amable Jesús, hazed que os ame y diga con S. Ignacio: *Amor meus cru-*

cifixus est: Mi amor está crucificado (*In ejus vita*); y con S. Francisco de Asís: O Señor mío, muera yo de amor por vos, ya que os dignasteis morir de amor por mí. (*S. Bonav., in ejus vita*). Hazed que no nos separemos jamás de vos; que muramos plenamente para el mundo y la carne; que vivamos para vos; que permanezcamos en vuestras heridas; que en la tierra por vuestra gracia, y en el cielo por vuestra gloria, nademos en el océano de vuestro amor. Inspirados los sentimientos de vuestra virgen Santa Itala, que, enardecida y embriagada de amor, os contemplaba en la cruz: exclamando: ¡O Dios, ó amor, ó embriaguez del amor; dadme una voz tan poderosa que sea oída de Oriente á Occidente, del Cielo al infierno, para gritar á todas las criaturas: ¡Amad á Dios! ¡O amor, qué poco conocido sois, qué poco amado sois! ¡Almas creadas para esto, amad á vuestro amor, que tanto os amó en la cruz! (*In ejus vita*).

Cuando la creación, dice S. Bernardo, Dios habló, y todo quedó hecho; pero, cuando la redención, sus palabras encontraron contradictores, sus acciones perseguidores, sus tormentos y su muerte sarcásticos y blasfemos. (*De diligendo Deo*).

Jesucristo, dice Santo Tomás, sufrió por sus amigos que le abandonaron; sufrió en su reputación por las calumnias que contra Él inventaron; en su honor y su gloria por las burlas y las afrentas de que le llenaron; en sus bienes, porque fué despojado de sus vestidos; en su alma por la tristeza, el enojo y el temor; en su cuerpo por las heridas y los golpes. Sufrió en su cabeza por la corona de espinas que llevó; en sus manos y en sus pies por los clavos que en ellos hundieron; en su rostro abofeteado y escupido; en todo su cuerpo por la flagelación que se le impuso. Sufrió por todos sus sentidos: por el tacto, habiendo sido azotado y clavado en el madero; por el gusto, habiendo bebido hiel y vinagre; por el olfato, habiendo sido crucificado en un lugar fétido y lleno de cadáveres que se llamaba Calvario; por el oído, que percibió las palabras de los que blasfemaban y ridiculizaban; por la vista, viendo llorar á su Madre y al discípulo á quien amaba. (*De peccatis*).

¡Tal es la nuestra obra, pecadores! ¡Tal es el fruto de nuestras faltas!

¡O hombre! exclama S. Agustín, aprende lo que vales y lo que debes; y considerando la gran dignidad á que te eleva la Redención, avergüenzate de tus pecados. Mira que, en vez del templo, la piedad es la que es azotada; en vez del insensato, la sabiduría es la ridiculizada; en lugar del mentiroso, la verdad es la inmolada; en lugar del inicuo, la justicia es la condenada; en lugar del cruel, la misericordia es la herida; en lugar del miserable, la pureza apaga su sed con vinagre, y la dulzura es embriagada con hiel; en lugar del culpable, la inocencia es la castigada, en lugar del muerto espiritual, la vida es la que muere. La naturaleza entera se espanta del crimen de los hombres; y la tierra temblorosa y el sol fugitivo atestiguan que aquel es el Señor del mundo y el Rey del Cielo, desconocido por la criatura rebelada (1).

(1) Agnosce, homo, quantum valeas, et quantum debeas, et dum tantam redemptionis tuae perspicias dignitatem, ipse tibi indicto peccandi pudorem. Ecce pro impio pietas flagellatur; pro stulto sapientia illuditur; pro mendace veritas necatur; damnatur justitia pro iniquo; misericordia affligitur pro crudeli; pro misero repletur sinceritas aceto; inebriatur felle dulcedo; additur innocentia pro roso; moritur vita pro mortuo, expavit scelus hominum natura, recusat, et quem creatura rebellis non agnoscit, eum mundi dominum tremens terra testatur, et Caeli regem sol fugiens confitetur. (*Serm. CXIV. de Temp.*)

Isaías dice que Jesucristo es el desprecio de los hombres, el último de todos, el hombre de los dolores que ha conocido la debilidad, y cuyo rostro está como oscurecido, y añade que no le hemos reconocido: *Despectum, et novissimum virorum, virum dolorum, et scientem infirmitatem, et quasi absconditus vultus ejus; unde nos reputavimus ejus.* (III. 3).

Despectum: Fué despreciado, no sólo durante su pasión, sino en toda su vida. Nació en un establo, porque no hubo lugar para Él en las posadas; el mundo le rechazó ya. La circuncisión le trajo una humillación nueva y profunda, haciéndole semejante á los pecadores. Pasó por hijo de José, por un niño ordinario. Trabajó y derramó sus sudores como el vulgo. Nicodemo fué á verle de noche para no ser objeto de los sarcasmos de la ley. (*Joann. XIX. 39*). Ninguno de los jefes de la nación judáica, ni de los fariseos, creía en Él; vituperaban á la muchedumbre que le seguía, y declarábase á sus discípulos malditos. Cuando el ciego de nacimiento, ya curado, se atrevió á expresar el pensamiento de que el Salvador era un profeta, le arrojaron de la sinagoga. (*Joann. IX. 34*). Varios personajes importantes que creían en Él, no se atrevieron á confesarlo públicamente por temor á los fariseos, y para no ser arrojados de la sinagoga. (*Joann. XII. 42*). Los príncipes de los Sacerdotes le despreciaban, le excomulgaban, le arrojaban de las sinagogas y le preparaban asechanzas. ¡Tal es el fruto de nuestros pecados!...

Novissimum virorum: ¿Por qué quiso Jesucristo ser el último de los hombres? Porque Lucifer, y también Adán, habían querido ser dioses y hacerse superiores al Omnipotente: ¡No pretendía Lucifer destinar al Eterno y hacer sus voces? Jesucristo ha querido abatir su criminal orgullo. Así, pues, si la soberbia quiere apoderarse de vosotros, mirad á Jesucristo haciéndose el último de los hombres y siendo la abyección del pueblo. Si os desprecian, alegraos porque tenéis el honor insigne y la dicha de pareceros á Jesucristo.

¡O el último y el primero! exclama S. Bernardo: ¡O Vos que sois humilde y sublime, oprobio de los hombres y gloria de los ángeles! ¡Nadie os iguala en grandeza y humildad! (1).

Virum dolorum: El hombre de los dolores, es decir, el que ha sido acosado por todos los dolores y los ha experimentado todos, de suerte que no era más que dolores, si así podemos expresarnos.

Jesucristo ha conocido todos los dolores del alma. Mi alma, dice en el jardín de los Olivos, mi alma está triste hasta la muerte: *Tristis est anima mea usque ad mortem.* (Math. XXVI. 38). Aquella tristeza se manifestó con lágrimas y sudor de sangre. Si se pregunta de qué procedían los padecimientos que Jesucristo sufrió en su alma, los Padres y Doctores de la Iglesia contestan que: 1.º Jesucristo tenía presentes en el espíritu todos los pecados de los hombres que fueron, son y serán; todos los horribles crímenes cometidos en el curso de los siglos, blasfemias, sacrilegios, adulterios, asesinatos, etc.; estaba afligido por todos y cada uno de ellos, como si Él mismo los hubiese cometido; había cargado con ellos para expiarlos y satisfacer la justicia de su Padre, con aquel supremo dolor y aquella contrición. 2.º Desde el primer instante de su

(1) ¡O novissimum et altissimum! ¡O humilem et sublimem! ¡O opprobrium hominum gloriam angelorum! nemo illo sublimior, nemo humilior. (*De Passione Domini.*)

concepción hasta su último suspiro, Jesucristo vió y contempló constantemente los trabajos y los padecimientos que había de sufrir durante su vida, y sobre todo en su muerte; se los presentaba cada época de su vida con una vivacidad y una fuerza que equivalía á la realidad, de suerte que su vida entera fué una pasión y una muerte continuas... 3.º No cesó de tener ante la vista los tormentos de los mártires, los insultos y las injusticias hechas á sus servidores, los ayunos, las mortificaciones de los Santos, los combates heroicos de las Virgenes, y sufría por todo aquello en sí mismo. 4.º Sabía cuán grande había de ser el número de los que en nada tendrían sus sufrimientos, de aquellos para quienes serían inútiles, y que, lisonjeando su voluntad perversa, se condenarían á pesar de su muerte, aunque una gota sola de su sangre era bastante para rescatar á todos los pecadores, y áun sacarlos del infierno, si aquella gota pudiera penetrar allí... 5.º El amor infinito de Jesucristo por los hombres hacía sus dolores infinitos y sus tormentos indecibles...

Jesucristo conoció todos los dolores del cuerpo. Cada uno de sus miembros todos sus sentidos tenían un dolor propio que era de los más vivos. En Jesucristo el tacto y los demás sentidos eran muy delicados y perfectísimos: por esto sentía más vivamente que nadie los dolores. Su vista, su oído, su olfato: su lengua, sus manos y pies tuvieron sufrimientos especiales, y los tuvieron al mismo tiempo... Jesucristo sufrió sin consuelo... Sufrió por parte de todos los hombres: judíos, gentiles, pueblo, príncipes, sacerdotes, laicos: por parte de Anás, de Caifás, de Pilatos, de Herodes, y finalmente de sus mismos discípulos. El hombre en general sólo siente sus propios dolores; Jesucristo ha experimentado los de todos los hombres...

Et quasi absconditus vultus ejus: Su rostro estaba como oscurecido. En efecto: 1.º el esplendor y el divino poder de Jesucristo estaban ocultos bajo el velo de su cuerpo, dice S. Jerónimo. (*In Isai.*) 2.º Su rostro estaba desoculto; se parecía al de un leproso; estaba de tal manera desgarrado, cubierto de sangre y escupido, que los que le velan no podían conocer su fisonomía.

He visto, dice S. Juan en el Apocalipsis, he visto á la derecha del que estaba sentado en el trono, un libro escrito y sellado con siete sellos. (v. 1). Por aquellos siete sellos entienden los Doctores los siete misterios de la pasión de Jesucristo. El 1.º es la suprema impotencia del Omnipotente; el 2.º el supremo sufrimiento del Impasible; el 3.º la inmensa locura de que pareció dar pruebas ante los hombres Jesucristo, que es la Sabiduría divina; el 4.º la extensa pobreza que experimentó el Dios de las riquezas; el 5.º la incomparable ignominia que sufrió la Majestad suprema; el 6.º el completo abandono en que tuvo Dios Padre á aquel que le está unido de la manera más íntima; el 7.º la extrema severidad del Padre coexistiendo con el amor infinito que profesa á su Hijo...

Quedará saciado de oprobios, dice Jeremías. *Saturabitur opprobriis.* (*Lament. III. 30*). Medita estas palabras, cristianos, cuando tengáis que sufrir burlas, atriensas y calumnias.

Las victorias que Jesucristo ha conquistado con su cruz y su muerte, son verdaderamente admirables, maravillosas y divinas.

El Hombre-Dios muere, y hé aquí que el velo del templo se desgarró en

Jesucristo ha triunfado con su pasión y su muerte.

dos partes, de arriba abajo: *Et ecce velum templi scissum est in duas partes a summo usque deorsum.* (Math. XXVII. 51).

El velo que ocultaba el Santo de los Santos quedó milagrosamente desgarrado, para manifestar que cesaba el reino de la antigua ley, que Dios se había retirado del templo de Jerusalem, y que aquel no era ya más que un lugar profano.

En el sentido místico, el velo desgarrado y el Santo de los Santos descubiertos significan que la carne de Jesucristo, desgarrada en su pasión, nos abrió el Cielo...

La túnica de Jesucristo no se dividió para manifestar que el Evangelio quedaba íntegro...

La grande, la verdadera víctima ocupó el lugar de las antiguas, que no eran más que su figura; después de haber venido la realidad, desaparecieron las sombras...

Lo que quedaba de los vestidos de Jesucristo, dice S. Atanasio, se dividió en cuatro partes, para manifestar que Jesucristo salvaba igualmente el Oriente y el Occidente, el Setentrion y el Mediodía. (*Serm. de Cruce*).

Eran cerca de las seis, y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta las nueve. Y el sol se oscureció: *Erat autem fere hora sexta, et tenebræ factæ sunt in universam terram usque in horam nonam. Et obscuratus est sol.* (Luc. XXIII. 44-45). Está probado que aquel oscurecimiento del sol no procedía de un eclipse, siendo un eclipse imposible en la época de la muerte de Jesucristo. La tierra quedó cubierta de densas tinieblas; pero para los discípulos del Salvador aquella noche y aquellas tinieblas se convirtieron en luz... El sol se entristeció; negó su luz á los deícidas, y anunció al universo entero la muerte de su Criador. Las tinieblas entonces fueron tan densas y extraordinarias, que Dionisio el Areopagita exclamó: O el Dios de la naturaleza padece, ó la máquina del mundo se disuelve: *Aut Deus naturæ patitur, aut mundi machina dissolvitur.* (Epist. ad Apoll.).

Hubo un terrible y universal terremoto, y las peñas se abrieron. *Terra mota est, et petre scissæ sunt.* (Math. XXVII. 51).

Los sepulchros se descubrieron, y muchos cuerpos de los Santos que estaban dormidos se levantaron, y saliendo de sus tumbas, fueron á la ciudad santa, y muchas personas los vieron. (Math. XXVII. 52-53).

El Centurion y los que con él estaban guardando á Jesús, al ver el terremoto y todo lo que pasaba, quedaron sobrecogidos de pavor, y exclamaron: Este era verdaderamente el Hijo de Dios: *Vere Filius Dei erat iste.* (Math. XXVII. 54).

Vuestra cruz, ó Jesús, exclama S. Leon, es el manantial de todas las bendiciones y la causa de todas las gracias; por ella los creyentes débiles se vuelven fuertes, y sacan su gloria del oprobio de Jesucristo, y su vida de su muerte. (*Serm. de Cruce*).

Adán y Eva se pierden levantando sus manos hácia el árbol prohibido; y Jesucristo borra su pecado extendiendo sus brazos en el árbol de la cruz... Hemos caído al pie del árbol de la vida, y nos ha levantado el árbol de la ignominia, dice S. Gregorio Nazianceno: *Ad vitæ lignum excederamus; per ignominia lignum revocati sumus.* (Orat. de seipso ad Arianos). La muerte

nos ha venido por un árbol, y la vida por la cruz, dice S. Ambrosio: *Mors per arborem, vita per crucem.* (Comment. in Luc., c. IV).

La predicacion de la cruz, dice el gran apóstol, es una locura para los que perecen; pero para los que se salvan, para nosotros, es la virtud de Dios. Nosotros, añade, anunciamos á Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los griegos; pero para los que son llamados judíos y griegos, virtud y sabiduría de Dios (1).

Jesucristo está suspendido entre el Cielo y la tierra para reconciliar la tierra con el Cielo... Borrando, dice S. Pablo, la sentencia de condenacion fulminada contra nosotros, aboliéndola, clavándola en la cruz, y despojando á los principados y potencias (del infierno), los redujo á cautiverio, triunfando claramente de ellos en sí mismo (2).

Jesucristo, dice S. Ambrosio, extendió sus brazos en la cruz para atraerlo todo hácia sí: *Manus in cruce extendit, quo omnia ad se traheret.* (In Luc., c. IV). Jesucristo lo había predicho. Y yo, dijo, cuando estó elevado sobre la tierra (crucificado), todo lo atraeré hácia mí: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum.* (Joann. XII. 32).

Satanás, dice S. Basilio, ha sido crucificado por Aquel á quien creía crucificar; ha sido herido de muerte por Aquel á quien creía aniquilar con auxilio de la muerte: *Diabolus in eo crucifixus est, quem se crucifixurum; en in eo mortuus, quem morte se extincturum speraverat.* (Homil. de Humilit.).

Dios ha establecido su reino por medio del leño de la cruz, canta la Iglesia en el himno de la Pasión: *Regnavit a ligno Deus.* Jesucristo, dice S. Agustín, ha triunfado del mundo, no con la espada, sino con el leño: *Christus domuit orbem, non ferro sed ligno.* (De Cruce).

El hombre fue creado el sexto día, dice Teofilactos; á la hora sexta comió el fruto del árbol prohibido, y á la misma hora en que Dios creó al hombre, á la hora en que el hombre cayó, Dios le curó y le salvó. El día sexto, á la hora sexta, Jesucristo fué clavado en la cruz. El día sexto, un viernes, día consagrado á Venus, murió para matar la adoracion de la carne, y murió al terminar la sexta edad del mundo. (Comment. in Evang.).

En su pasión Jesucristo extendió en la cruz sus manos, que midieron la tierra, dice Lactancio, para significar que de Oriente á Occidente un gran pueblo, hablando todas las lenguas y formado de todas las naciones, se reuniria y vendria á abrigarse bajo su poderosa proteccion, recibiendo la señal de la cruz en la frente, como la mayor y más sublime de las señales. (De Instit. divin. lib. 10, v. XXVI).

La justicia de Dios irritada, el mundo, el pecado, la muerte y el infierno combatian contra Jesucristo en el momento de su pasión; pero con sus sufrimientos y su muerte triunfó de su Padre, del mundo, del pecado, de la muerte

(1) Verbum crucis, pereuntibus quidem stultitia est: iis autem qui salvi fiunt, id est, nobis, Dei virtus est... Nos autem predicamus Christum crucifixum: Judæis quidem scandalum gentibus autem stultitiam, ipsis autem vocatis Judæis atque grecis Christum Dei virtutem, et Dei sapientiam. (1. Cor. I. 18-24).

(2) Delens, quod adversus nos erat, chirographum decreti quod erat contrarium nobis, et ipsum tui de medio, affigens illud cruci; et exspoliatis principibus et potestatibus, tradidit confidenter, palmam triumphans illo in semetipso. (Coloss. II. 14-16).

te y de las legiones infernales, así como Moisés había triunfado de Faraon y del ejército egipcio, cuando el milagroso paso del mar Rojo. La sangre de Jesucristo, figurada en el mar Rojo, salva a un pueblo de elegidos, y pierde a los enemigos. Dios, exclama Moisés, ha arrojado al mar los carros de Faraon y su ejército: *Carrus Pharaonis et exercitum ejus projecit in mare.* (Exod. XV. 4). Los abismos los cubrieron; han bajado a lo profundo como la piedra; se han hundido como el plomo en las aguas que se precipitaban con violencia: *Submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus.* (Exod. XV. 5-6-10).

La muerte de Jesucristo es el fin de mi muerte, dice S. Basilio: *Mors ejus, mortis meae est extinctio.* (Homil. de Humilit.) La sangre de Jesucristo es la llave del Paraíso, dice S. Jerónimo: *Sanguis Christi est clavis paradisi.* (In Evang.)

La cruz de Jesucristo hizo desaparecer de la puerta del Paraíso al ángel que con la espada encendida impedía su entrada.

La pasión de Jesucristo es nuestra vida. Por esto pronunció Jeremías aquellas palabras: El Cristo, el Señor, ha sido envuelto en nuestros pecados, y le hemos dicho: Viviremos debajo de vuestra sombra: *Christus Dominus captus est in peccatis nostris cui diximus: In umbra tua vivemus.* (Lament. IV. 20.); es decir, viviremos a la sombra de vuestra cruz y de vuestra pasión.

La muerte de Jesucristo es la vida, dice S. Ambrosio, sus heridas son la vida, su sangre es la vida, su sepultura es la vida, su resurrección es la vida de todos: *Ipsius mors vita est, ipsius vulnus vita est, ipsius sanguis vita est, ipsius sepultura vita est, ipsius resurrectio vita est universorum.* (In Luc., c. XXIII). ¿Queréis saber cómo es su muerte la vida? añade el mismo padre. Somos bautizados en su muerte, dice el gran apóstol, para que andemos con él en una nueva vida. Y el mismo Jesucristo dijo: Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, se queda solo; pero, si muere, produce mucho fruto (Joann. XII. 24-25): así la muerte de Jesucristo es el fruto de vida. (U^{t supra}).

Jesucristo hacía temblar la tierra, añade S. Ambrosio; y estaba clavado en la cruz; estaba aniquilado, y todo lo llenaba; sus llagas estaban abiertas, y de ellas salía la curación del mundo entero: *Terram movebat, et hærebat ligno; exinanitus erat, et replebat omnia; vulnus inflicium erat, et fucebat unguentum.* (U^{t supra}).

La pasión de Jesucristo sostiene el Cielo, rige el mundo, y abre los limbo; por ella son confirmados los ángeles en la gracia, los hombres son rescatados, y los demonios abatidos y despojados de su poder; lo que existe queda consolidado, lo que respira vivificado y confortado, los cuerpos son glorificados, y las almas iluminadas y divinizadas. (Psalm. de Laude crucis).

Dios permite que Jesucristo muera, el cuyo tesoro de Divinidad está encastrado en la naturaleza humana como en un frágil vaso, á fin de que, rompiéndose aquel vaso, el esplendor de la Divinidad brille, y ahuyente á las potencias infernales, como en otro tiempo los vasos de barro de los soldados de Gedeon introdujeron el espanto al romperse y al brillar las luces que contenían, y causaron la derrota de los midianitas.

En su pasión, Jesucristo es inquebrantable é invencible. Lo mismo hemos de ser nosotros en lo concerniente á nuestra fe, firmes como una roca, áun en

medio de todos los sufrimientos, las angustias, las persecuciones, y áun en presencia de la muerte.

Al principio el pueblo admiró los milagros, la vida y doctrina de Jesucristo; pero, viéndole luego sin gloria, es decir vendido, aprisionado, condenado, azotado, burlado, escupido y cubierto de llagas, desfigurado y crucificado, le despreció, y los mismos labios que ántes habían gritado: Hosanna al Hijo de David; Bendito sea el que viene en nombre del Señor; Hosanna en las alturas (Matth. XXI. 9), exclamó: ¡Muera, muera, crucifícale! *Tolle, tolle, crucifige eum!* (Joann. XIX. 15). Todos los hombres son mudables. Hagamos pues como Jesucristo, y desprendámonos del mundo.

Suspendido en la cruz, Jesucristo parece disforme y como un prodigio de sufrimientos; está expuesto á las burlas y á los desprecios; pero, por causa de aquella misma cruz, ha venido á ser el más hermoso de los hijos de los hombres. Los cristianos, los príncipes, los reyes, contemplan con dicha su divina faz abatida y ensangrentada; ninguna otra les parece tan llena de atractivos. No hay nada que adorne un pecho, una diadema, un monumento como una cruz... Jesucristo, dice Isaias, regará con su sangre las naciones, y las purificará; ante él guardarán los reyes un respetuoso silencio, le han contemplado con admiración: *Iste asperget gentes multas; super ipsum continebunt reges os suum: contemplati sunt.* (LII. 15).

¿Quién ha creído en las cosas que nos ha oído anunciar? dice el mismo profeta. ¿A quién ha sido revelado el brazo de Dios? *¿Quis credit auditui nostro? Et brachium Domini cui revelatum est?* (LIIII. 4). ¿Quién ha creído que el Crucificado de que habla sería el Hijo de Dios, el Mesías prometido? ¿Quién ha creído que el mundo entero le adoraría como Redentor y Salvador? El brazo de Dios, dicen Tertuliano, S. Cirilo y S. Agustín, es el Cristo Hijo de Dios, que procede del Padre como el brazo procede del cuerpo y le es consubstancial; el brazo de Dios es el poder que Dios ha manifestado en Jesucristo, y la fuerza que le ha comunicado para sufrir los padecimientos y la muerte. Los dolores y los oprobios á que se sometió el Salvador y la muerte que sufrió, parecen á los ciegos mundanos las señales de una debilidad y de una impotencia supremas; pero Dios les manifestará que allí está su brazo y la fuerza con que someterá el Universo á la cruz. No es lo que estamos viendo ahora? El Crucificado ha conquistado el mundo con el instrumento de su suplicio, y se ha hecho adorar de los reyes, de los emperadores y del universo entero. S. Pablo hablaba de esas maravillas cuando decía que Jesucristo y su cruz eran la virtud y la sabiduría de Dios: *Predicamus Jesum crucifixum, Dei virtutem et Dei sapientiam.* (I. I. 23).

El recuerdo de la pasión de Jesucristo dulcifica todas las tribulaciones así como el madero arrojado por Moisés en las aguas de Mara las hizo potables, haciéndolas perder su amargura. (Exod. XV). Cualesquiera que sean las adversidades y los padecimientos, son siempre muy poca cosa si se comparan con lo que sufrió el Salvador en su pasión, lo que nos parecía entonces lleno de hiel y amargura, es dulce como la miel. Con este pensamiento, en efecto, la fe se ilumina, la esperanza se fortalece, la paciencia se excita, la caridad se inflama, la humildad nace, la pureza reina... Bien lo había experimentado S. Gregorio: No hay nada penoso, dice, que no se sufra con resignación si traemos á la me-

moria la pasion de Jesucristo. ¡Con qué facilidad, dice el mismo padre, no sufriremos pequeños trabajos, si recordamos cuántas palabras crueles, cuántos golpes más crueles todavía é inauditos suplicios sufrió Jesucristo por nosotros, el que llevó en la cabeza una corona de espinas, y tuvo los ojos vendados, los oídos heridos por insultos, la boca humedecida con hiel y vinagre, el rostro escupido y ahofetado, las espaldas cargadas con una cruz, el corazón lleno de tristeza, las entrañas desgarradas, y las manos y los pies atravesados! En una palabra, desde la planta de los pies á la parte más alta de su cabeza, sufrió dolores y heridas innumerables (1).

El castigo que debía procurarnos la paz, descargó sobre él, dice Isaías, y hemos sido curados por sus heridas: *Disciplina pacis nostrorum super eum, et li-vore ejus sanati sumus.* (LIII. 5).

La pasion es una farmacia que contiene remedios para todos los males, un arsenal en el que se hallan las armas necesarias para vencer á todos los enemigos...

Entre las visiones que cuenta S. Juan en el Apocalipsis se halla la siguiente. Uno de los ancianos me dijo: No llores; mira que el leon de la tribu de Judá ha vencido... Y vi un cordero de pié que parecia como inmolado... *Unus de senioribus dixit mihi: Ne flevieris; ecce viciit leo de tribu Juda... Et vidi agnum stantem quasi occisum...* (v. 6-7).

Notemos la admirable victoria que alcanzó aquel dulcísimo cordero, y la fuerza del leon que desplegó. Domó el mundo, que no era más que un inmenso rebaño de lobos hambrientos y furiosos. Triunfó, no con el acero, sino con su cruz; no hiriendo, sino sufriendo; no amenazando, sino muriendo.

Aquel cordero es el leon de la tribu de Judá: 1.º porque triunfó del pecado, de la carne, del mundo y del infierno; 2.º porque por una parte es manso en esta vida para sus siervos, y lo será el día del juicio para los elegidos; mientras que por otra se manifestará terrible como un leon para los réprobos, que, llenos de espanto, dirán á las rocas y á las montañas: Caed sobre nosotros, y ocultadnos de la vista del que está sentado en el trono, y de la ira del cordero: *Et dicent montibus et petris: Cadite super nos, et abscondite nos a facie sedentis super tronum, et ab ira Agni.* (Apoc. VI. 16.); 3.º porque aquel cordero convierte á los leones y á los lobos en corderos. Por esto, hablando de la conversion de S. Pablo, el gran obispo de Hipona dice: Jesucristo, muerto por los lobos, ha hecho de Pablo, que era un lobo, un cordero: *Occisus (Christus) a lapis, et fecit (Paulum) agnum de lupo.* (De S. Paulo).

El cordero ha venido, añade S. Agustín; ¿y qué cordero? El que es temido de los lobos: ¿Qué cordero? El que, muerto, mató el leon. Porque el demonio ha sido llamado leon que gira al rededor nuestro rugiendo y buscando una presa para devorar. Aquel leon ha sido vencido por la sangre del cordero. Hé aquí el espectáculo de los cristianos: nuestro Rey ha triunfado del demonio

(1) *Ut parva enim toleramus, si resordemur quam dura verba, duriora verbera, durissima supplicia pro nobis ille passus sit, qui in capite tulit coronam, in oculis velamen, in auribus convicia, in ore fel et acetum, in facie spata et alapas, in humeris crucem, in corde mortuorum, in visceribus concussionem, in manibus et pedibus perfossionem. Denique a capite ad pedum plantas usque innumera sustulit vulnera et dolores.* (Homil. in Evang.)

con su dulzura. El uno despegaba su rabia, y el otro la sufría; el que despegaba su rabia, ha sido vencido, y el que la sufría, ha alcanzado la victoria. Con esta dulzura triunfa la Iglesia de sus enemigos (1).

Jesucristo ha vencido con la dulzura: los mártires y todos los cristianos han triunfado y triunfarán con la dulzura. El Divino cordero es amante de los corderos; es amante de los mansos y de los puros; de las vírgenes, de los mártires y de los penitentes. Hé aquí, dijo á sus más queridos amigos, hé aquí que os envío como corderos en medio de los lobos: *Eccc ego mitto vos sicut agnos inter lupos.* (Luc. X. 3).

¿Quién contará su generacion? dice Isaías: *Generationem ejus quis enarrabit?* (53-8). Estas palabras pueden entenderse de la inmensa fecundidad de Jesucristo, que ha engendrado en todos los siglos y lugares, y engendrará hasta el fin del mundo, millones de Santos, mártires, vírgenes, y elegidos... Concuerdan con aquellas otras palabras del mismo profeta: Porque ha dado su vida para expiar el pecado, tendrá una raza inmortal: *Si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longævum.* (LIII. 10).

Pero en este pasaje se trata principalmente de la generacion divina y de la generacion humana de Jesucristo. Contemplando los oprobios y los dolores del Mesías, y considerando al propio tiempo su persona y su dignidad, Isaías, exaltado y fuera de sí mismo, exclama: *Generationem ejus quis enarrabit?* quién contará su generacion. O judíos, ¿cómo os atreveréis á crucificarle? ¿cómo os atreveréis á imponer á Cristo tan crueles tormentos, á Cristo, cuya edad, cuya generacion y cuya vida son inefables? Si le considerais como Dios, su edad es la eternidad. El Padre le ha engendrado, ántes de todos los tiempos, igual á sí. El mismo os lo ha dado á conocer: Yo y mi Padre somos uno: *Ego et Pater unum sumus* (Joann. X. 30). Si le considerais como hombre, su generacion es milagrosa, divina é inefable; viene del Espíritu Santo. Su nacimiento es nuevo y admirable; ha nacido de una Virgen. Concebida por una operacion divina, la humanidad de Cristo está unida hipostáticamente con la Divinidad, al Verbo de Dios; esta es union indisoluble, eterna: convierte al hombre en un Dios. ¿Y á este Dios hecho hombre es á quien osais ultrajar y crucificar!...

Distribuirá los despojos de los fuertes, añade Isaías: *Fortium dividet spolia.* (LIII. 12). Los despojos de los fuertes son los de los demonios, de los reyes y poderosos. Los arrebatará con su gracia y con la enseñanza de sus apóstoles... Los arrebatará despojando á los hombres del pecado, y cubriéndolos con la gracia, la virtud y la gloria eterna...

Jehovad, dice el profeta Zacarías, saldrá y combatirá contra las naciones. Y sus pies descansarán aquel día sobre la montaña que está frente de Jerusalem; y la montaña se dividirá en dos partes, de Oriente á Occidente, (XIV. 3-3). Aquel día, aguas vivas brotarán de Jerusalem, Jehovad será rey de toda la tierra, será el Dios único, y no habrá más que su nombre: *Et erit in die illa:*

(1) *Venit Agnus: qualis Agnus est? Quem lupi timant, Quis Agnos est? Qui leonem occisus occidit. Dicitur est enim diabolus leo circumiens et rugiens, querens quem devoret: sanguine Agni victus est leo. Ecce spectaculum christianorum: Rex nostro mansuetudine viciit diabolum. Sæviebat ille, iste sufferebat. Victus est qui sæviebat, vicit qui sufferebat. In ista mansuetudine, Ecclesia vincit inimicos.* (Serm. 1. de Convers. S. Pauli).

Exibunt aqua vivae de Jerusalem. Et erit Dominus rex super omnem terram: in die illa erit Dominus unus, et erit nomen ejus unum. (Id. XVI. 8).

Isaías, en el capítulo LIII de sus profetas, anuncia la pasión de Jesucristo con tanta claridad y abundancia de detalles que habla más bien como evangelista que como profeta. Parece que no predice el porvenir, sino que vive en tiempo de la pasión y es testigo de ella. Describe de una manera tan admirable el estado en que ha de hallarse Jesucristo, los golpes que ha de recibir, las llagas que han de cubrirle, los dolores y las humillaciones que ha de sufrir su paciencia, su sacrificio voluntario, su muerte, su colocación entre ladrones, su sepultura, y la causa y los resultados de la pasión, que nada pueden objetar los juuos. (Véase el capítulo citado).

Sepultura de Jesucristo.

Un decurion, llamado José de Arimatea, varón bueno y justo, fué á ver á Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús. Y habiéndole desprendido de la cruz, lo envolvió en una mortaja, y lo puso en un sepulcro cortado en la roca, donde nadie habia sido todavía enterrado. (Luc. XXIII. 50-53). Como ni ántes ni despues de Jesucristo, nadie ha sido concebido en el seno de una virgen, nadie habia sido colocado tampoco, ni fué colocado despues, en la tumba de Jesucristo... El profeta Isaías predijo la gloria que debia rodear aquella tumba. Aquel día, dijo, el retoño de Jessé se levantará como un estandarte ante los pueblos: todas las naciones le invocarán, y su sepulcro será glorioso: *In die illa radix Jesse, qui stat in signum populorum, ipsum gentes deprecabuntur, et erit sepulchrum ejus gloriosum. (XI. 10).*

La tumba de Jesucristo ha sido rodeada de gloria, porque: 1.º la estancia en ella del Salvador fué precedida de un terremoto incomparable y de la resurrección de varios santos personajes. (Matth. XXVII. 51-53). 2.º La emperatriz santa Elena encerró aquella tumba en un templo magnífico... 3.º En todas las épocas, y aun despues de haber conquistado los otomanos la Tierra santa, numerosísimos y piadosos peregrinos han acudido de todos los puntos de la tierra para visitarlo y orar. 4.º Se han verificado y se verifican allí todavía grandes y numerosos milagros... 5.º Cada año, el sábado santo, se celebra allí una funcion solemne, erigiéndose una tumba conmemorativa, atornadísima y resplandeciente. 6.º Finalmente la tumba de Jesucristo se hizo gloriosa por el milagro de la resurrección del Salvador.

PASIONES. (Véase CONCUPISCENCIA.)

El hombre que se abandona á las pasiones es semejante á los animales que se dejan llevar del ímpetu de sus instintos. ¿Qué digo? Es peor que ellos; porque los animales de la misma especie no se atacan unos á otros, mientras que el hombre llevado de sus pasiones ataca al hombre. El solo reúne la envidia del perro, la voracidad del lobo, el orgullo del león, la ferocidad del tigre, la maldad de la serpiente, la astucia de la raposa, etc.

Desórdenes y estragos de las pasiones.

No se pueda, dice un grave autor, no se puede seguir considerando como hombre al que vemos metamorfoseado por medio de las pasiones; la apariencia humana que le queda, prueba que en otro tiempo fué un hombre, pero que ya no lo es. Si la avaricia que le devora le impelo á arrebatar violentamente bienes del prójimo, colócale entre los lobos. Si, cediendo á sus arrebatos y agitaciones, se entrega á gritos, injurias y querrelas, colócale entre los perros. Si se alegra de haber engañado á su prójimo con secretas astucias, igualdele á las raposas. Si está poseído de la ira y del furor, creed que tiene un corazón de león. Si, tímido y miedoso, huye áun cuando no corra peligro alguno, ponelle en parangon con el ciervo. Si se manifiesta perezoso y estúpido, ponel su vida al nivel de la del asno. Si da pruebas de ligereza é inconstancia, comparadle justamente con las aves, y sobre todo con las mariposas. Si se sumerge en los sucios y asquerosos deleites de la carne, colócale entre un cerdo y un macho cabrío, y los tres serán dignos el uno del otro. Así el hombre que abandona á Dios, y la justicia, y la virtud, se convierte en bestia inmunda y cruel. (Boethius, de Consolatione. Lib. IV).

Todos los deleites y pasiones embriagan el alma, es decir, se enseñorean de ella, la ciegan, la enervan, la atontan, y la sacan fuera de sí misma, á poca diferencia de la misma manera que la embriaguez del vino se enseñorea del cuerpo y quita el buen sentido. Así como la sobriedad es, si así podemos expresarnos, la sabiduría y la virtud del cuerpo, todo vicio y toda pasión es la embriaguez y la locura del alma, embriaguez y locura producidas por el vino del mal, sacado del racimo de la pasión, que el demonio, siniestro posadero, le presenta y le hace beber... Ebrios de pasión, los mundanos, dice S. Gregorio, no sienten ya los horribles pecados que cometen y hacen cometer. (Lib. in Luc.) La iniquidad devora á los hombres que á ella se abandonan, como el fuego devora la paja.

Elevado el hombre en honor, dice el Rey Profeta no ha comprendido su destino; se ha hecho comparable á los animales que no tienen inteligencia, y ha llegado á ser su semejante: *Homo, cum in honore esset, non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis. (XLVIII. 13).* Tal es el retrato del hombre que da oído á sus pasiones... Vosotros todos, exclama Isaías, vosotros todos que habeis encendido en vuestro corazón el fuego de las pasiones y estais rodeados de llamas, andad á la luz de vuestro fuego en medio de las llamas que habeis excitado: *Ecce vos omnes accendentes ignem,*